APUNTES SOBRE LA METAFÍSICA DE ANTONIO MACHADO

Por *Jorge ENJUTO*

Para Aurora de Albornoz,
que me llevó a descubrir a
Antonio Machado.

En esta nuestra época, tan dada a la especialización, la filosofía, por no ser menos, ha caído también en manos de los especialistas. Para hablar hoy día de temas filosóficos hay que mostrar primero un carnet de profesional; sin este requisito, las ideas tienden a no tomarse en serio.

Filósofos hay, a fin de cuentas, relativamente pocos y por lo general no suelen ocuparse de la filosofía. Sólo se ocupan de filosofar, que ya es bastante. Y es que ambas cosas parecen ser diferentes, aunque a veces ello nos pase inadvertido. Filosofar es un quehacer, un *hacer* filosofía, mientras que la filosofía es la estela que el filosofar deja tras sí. La filosofía es, pues, la fijación del filosofar en el tiempo: no hay posibilidad de una filosofía sin el filosofar que la origina. Como los que escriben *sobre* filosofía son generalmente los profesores, la gente tiende frecuentemente a confundir los términos.

Y es que el profesor, a diferencia del filósofo, y, como la mayor parte de los mortales, tiende a evitar riesgos y por ello hace filosofía desde la barrera. En el mejor de los casos, el profesor hace filosofía de la filosofía: piensa sobre lo pensado por los que se atrevieron a pensar, arrostrando al hacerlo todos los peligros que esta extraña actividad supone. Pero el profesor no corre peligro: su atención se

enfoca hacia un objeto definido y dado sobre el que proyectarse y su labor consiste en analizarlo con el escalpelo más o menos agudo de su inteligencia. Piensa sobre lo dicho sin salirse de sus límites; pero por más útil que su trabajo pueda ser en él nunca se da la verdadera creación. No podrá ser filósofo porque para ello le falta la cualidad más esencial: la soberbia. Y no hablo, claro está, de esa soberbia negativa que se confunde con orgullo: la soberbia del pavo real que abre su vistoso abanico a la más ligera insinuación. Me refiero a la soberbia que supone el pensar y el afirmar lo pensado, el atreverse a definir por cuenta y riesgo propio: a esa soberbia, en suma, que lleva, en el fracaso, a la verdadera humildad.

El hombre de auténtica vocación filosófica es aquel que no teme ponerse en ridículo descubriendo mediterráneos; es aquel que en la búsqueda de una verdad que sabe no ha de encontrar, está dispuesto a equivocarse a conciencia de que aun en el error se acerca más a lo buscado que el otro, el que no quiere arriesgarse a decir. Y es que el verdadero filósofo piensa frente al vacío, tratando de descubrir lo que tras él se oculta. Es en este vacío, que a veces se llama nada o, tal vez, futuro, donde encuentra la fuente creadora y, en su magnífica y responsable soledad, dibuja en él, con los tenues hilos de su pensamiento, la telaraña de su creación.

El filósofo define lo indefinido, los otros organizan y analizan su decir. Mientras el primero cincela en el futuro un por-venir, los segundos no se atreven a salir de sus estrechos límites temporales —quizá porque tras ellos se esconde la muerte— y hacen del pasado o del presente su futuro: un cómodo futuro, ordenado y lógico, un futuro con contenido, donde el cambio es tenue y sólo responde a las exigencias del sujeto que lo analiza.

El poeta, cuando lo es de verdad, también se asoma al abismo para descubrir en su fondo la materia prima de su poesía. El objeto poético y el filosófico, son, por lo general, uno y el mismo. No es pues extraño que los poetas y los filósofos estén unidos por un estrecho parentesco.

No obstante, la filosofía y la poesía se diferencian en su fin. Mientras el filósofo abre caminos en su nada para intentar alcanzar el ser que oculta, el poeta nos trae el vislumbre del ser para entregárnoslo en el poema. El poeta encierra una porción de ser en el

tiempo, ofreciendo a su través una visión de intemporalidad. Palabra en el tiempo, llamó Machado a la poesía.

Pese a esta diferencia, a veces puede darse la unión de la filosofía y la poesía en una sola persona. Nos encontramos entonces con el poeta-filósofo o con el filósofo-poeta. Antonio Machado es un poeta-filósofo si los hay. No quiere esto decir que Machado sea un filósofo que hace poesía: es un poeta que al contemplar los vislumbres del ser, encerrándolos luego en el poema, intenta alcanzar lo visto mediante un proceso del conocer.

Machado tiene, pues, una filosofía y ésta es auténtica porque es producto de su visión del ser a través de la poesía.

Sin embargo, las ideas implícitas en sus poemas y explícitas en sus escritos filosóficos, no han sido comúnmente aceptadas como machadianas. Con Machado nos pasa a todos lo mismo que con Unamuno, sólo que a la inversa. Unamuno es un filósofo-poeta con una importante obra poética a su haber; no obstante, considerándosele mayormente filósofo —o pensador como algunos prefieren llamarle— costó mucho tiempo para que su poesía fuera tomada en serio. Así, a Machado, nos cuesta a todos trabajo verlo como filósofo, y, mostramos una tendencia inconsciente a buscar el origen de sus ideas en sus lecturas de filósofos reconocidos como tales.

Se ha apuntado en más de una ocasión la influencia de Heidegger en Machado, pese a que, como señaló Sánchez Barbudo, su *Cancionero apócrifo de Abel Martín* —el escrito en donde vierte la mayor parte de ideario filosófico— apareció en la *Revista de Occidente* en 1926, antes de pasar a la segunda edición de sus *Poesías Completas* en 1928, mientras que el *Ser y Tiempo* de Heidegger, ve la luz en 1927.[1]

Cierto es, como también señala este autor, que el *Cancionero apócrifo de Juan de Mairena* aparece por primera vez en la susodicha edición de 1928, un año después de haber publicado Heidegger su libro, pero creo que se ha demostrado que lo más probable es que Machado no leyera nunca a Heidegger y que el material del artículo que en 1937 publica sobre su filosofía fuera, casi íntegramente, sacado del libro de Georges Gurvitch, *Las tendencias actuales*

1 Antonio Sánchez Barbudo. *Estudios sobre Unamuno y Machado.* Ediciones Guadarrama, Madrid, 1959.

de la filosofía alemana, aparecido en francés en 1930 y en traducción española en 1931.[2]

Pero si no es Heidegger es Bergson, Scheler, Leibniz, Spinoza, Husserl, Unamuno, Barth, etc., todos filósofos que nombra o con quienes tuvo alguna relación. No es cuestión de negar que la lectura de los libros de filosofía pudo haberle ayudado a plantear conceptualmente sus problemas filosóficos y aun a darle alguna ideas que incorporar a su pensamiento. Posiblemente, fue Unamuno, a fin de cuentas, quien mayor influencia debió tener en el pensamiento machadiano,[3] aunque como bien señala Serrano Poncela,[4] la tal influencia no supone en forma alguna imitación o plagio y sí aproximaciones a los mismos problemas y coincidencias de pensamiento. Es evidente que el planteamiento y solución de un gran número de problemas es en Machado totalmente diferente al de Unamuno y tanto sus personalidades como sus ideas se orientan mayormente hacia derroteros opuestos.

Aceptando las naturales influencias, creo, sin embargo, que los problemas que enfrentan a Machado son originalmente suyos. Originales en el buen sentido, claro está, lo que quiere decir que Machado los ve en su origen íntimo y auténtico y no a través de los libros de otros que antes los vieran. Algunos libros pudieron llevarle quizá a plantearse los problemas, pero una vez descubiertos enfrentó los problemas en sí, los vivió como hombre y como poeta. De no haberlo hecho, Machado no sería auténticamente poeta, ni filósofo, y en él las dos cosas van juntas.

Como se señaló anteriormente, su visión concuerda a veces con la de aquellos otros que antes o después se atrevieron a mirar a lo

---

[2] JULIÁN MARÍAS. *Machado y Heidegger*. Suplemento de *Insula*, Nº 94, Madrid, 1953. Señala Marías en el mencionado artículo que "con toda probabilidad Machado no había leído *Sein und Zeit*, ni es verosímil que, por razones lingüísticas, hubiese podido hacerlo". Lo que en estas líneas se quiere veladamente señalar es que Machado no conocía el alemán, cosa que, por otra parte, es perfectamente comprensible y que no tiene por qué avergonzar a nadie. Efectivamente, nada en los escritos de Machado, o en los de las personas que lo conocieron y escribieron sobre él, permite suponer que Machado hubiese aprendido esta lengua.

[3] Véase el ensayo de AURORA DE ALBORNOZ, *Miguel de Unamuno y Antonio* Machado, aparecido en el homenaje que la revista *La Torre* dedicó a Unamuno. *La Torre*, Nº 35-36, San Juan, Puerto Rico, julio-diciembre, 1961, pp. 157-187.

[4] SEGUNDO SERRANO PONCELA. *Antonio Machado, su mundo y su obra*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1954. pp. 38-43.

mismo. A fin de cuentas, los filósofos de verdad dicen más o menos lo mismo si es que a lo mismo miran. En filosofía, hay que desconfiar de la originalidad *per se;* el buscar decir algo diferente no lleva nunca a ninguna parte porque la originalidad es una consecuencia, jamás una premisa. No caigamos en la inocencia de suponer que Heidegger, Bergson o Unamuno descubren los problemas que les ocupan: son filósofos porque se los plantean auténticamente, pero no por cierto por ser los primeros en abordarlos.

En Machado influyen, pues, una variedad de filósofos: Unamuno, Bergson y Scheler, principalmente, pero nunca tanto como se ha querido suponer. Existe en todos nosotros una tendencia escondida que nos lleva a tratar de destruir el pensamiento original a través de la búsqueda de sus raíces. ¿Qué es lo que se encuentra tras este sentimiento? No lo sé, o tal vez no acierte a decirlo, pero todos los que se han atrevido a pensar lo han encontrado en su camino, se han visto obligados a luchar con él. Es evidente que las raíces siempre se pueden encontrar, si se buscan, tenga o no tenga de ellas conciencia el pensador, porque de no haberlas el pensamiento se haría ininteligible. La comunicación entre los hombres exige una base cultural común en la que comulgan nuestras ideas y actitudes. Pero lo verdaderamente importante de las ideas no es de dónde vienen, sino hacia dónde van.

Algunos de los estudios que tratan de aclarar el pensamiento filosófico de Machado tienden a hacerlo mediante un método comparativo. Este tipo de acercamiento pese a su innegable validez en casos como el de Sánchez Barbudo, tiende a desvirtuar el pensamiento en cuestión. No es nada nuevo señalar que la comparación, aun la más positiva, deja siempre fuera lo incomparable: aquello que hace a una cosa ser lo que es y no otra. Este tipo de estudio nos dice lo que un pensamiento puede tener de común con otros, pero no aclara del todo lo que se dijo sin referencia a la comparación. En este corto trabajo no se intenta exponer el pensamiento machadiano, sólo quizá señalar algunas ideas clave que aparecen en sus escritos filosóficos, especialmente la idea de metafísica.

Machado parece tener clara conciencia de que en toda poesía profunda existe implícita una metafísica. "Todo poeta —dice Juan de Mairena— supone una metafísica; acaso cada poema debiera tener la suya —implícita, claro está, nunca explícita—, y el poeta

tiene el deber de exponerla, por separado, en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo distingue al verdadero poeta del mero señorito que compone versos".[5] Machado sigue al pie de la letra su receta y expone, en pocas páginas, una síntesis de su pensamiento filosófico. Las ideas principales van a aparecer en sus *Cancioneros apócrifos*, pero las vemos reaparecer más elaboradas en escritos posteriores. Quizá no haya demasiado rigor en la exposición del pensamiento de Machado, pero hay que tener en cuenta que el poeta no intenta escribir un tratado, sólo ofrecer, en términos generales, las ideas básicas filosóficas implícitas en su poesía.

No quiere esto decir que Machado creyera que su poesía hubiera de carecer de sentido de no haber explicitado su contenido filosófico aparte. La poesía tiene siempre sentido propio y si de él carece no es poesía. Ocurre que ambas cosas no están reñidas y aunque el no hacerlo no reste nada a la obra poética el no poderlo hacer distingue, como señala Machado, al verdadero poeta del señorito que compone versos.

Quizá injustamente, Machado parece no ver con simpatía al poeta que no puede explicar lo que dice, al que no tiene conciencia clara de su decir. Como Platón, ve con sospecha un arte cuyo contenido no puede nunca explicitarse. Platón rompió, según se cuenta, sus versos y se dedicó a escribir sus Diálogos —prosas poéticas, pudieran llamarse— ante el temor de no ser dueño de su decir. Machado no necesitó llegar a estos extremos, pero sí se sintió obligado a dejarnos escritas unas pocas páginas aclaratorias.

En 1923 escribe en Segovia una nota que a continuación transcribo: "Todo poeta debe crearse una metafísica que no necesita exponer, pero que ha de hallarse implícita en su obra. Esta metafísica no ha de ser necesariamente la que expresa el fondo de su pensamiento, sino aquella que cuadre a su poesía. No por eso su metafísica de poeta ha de ser falsa y, mucho menos, arbitraria. El pensar metafísico especulativo es por naturaleza antinómico; pero la acción —y la poesía lo es— obliga a elegir provisionalmente uno de los términos de la antinomia. Sobre uno de estos términos —más que elegido, impuesto— construye el poeta su metafísica.

---

[5] ABEL MARTÍN. *Cancionero de Juan de Mairena. Prosas varias.* Losada. B. A. 1943. p. 49. Utilizo para todas las citas de Machado las ediciones de la "Colección contemporánea" de la Editorial Losada, que, hasta la fecha, recogen la obra machadiana en forma más completa.

En una filosofía no hay derecho a postular ni la homogeneidad ni la heterogeneidad del ser, sino que se impone el reconocimiento de la antinomia kantiana. Pero el poeta, cuyo pensar es más hondo que el del mero filósofo especulativo, no puede ver en lo que lógicamente es pura antinomia solamente el juego de razones, por necesidad contradictorias, al funcionar en un vacío de intuiciones, sino que descubre en sí mismo la fe cordial, la honda creencia, la cual no es nunca una balanza en el fiel, en cuyos platillos se equiponderan tesis y antítesis, sino vencida al mayor peso de uno de los lados. (El poeta) comprende que, por debajo de la antinomia lógica, el corazón ha tomado su partido. Una vez que esto sabe, le es lícito elegir la tesis o la antítesis, según que una u otra convengan o no con la orientación cordial, para hacer de la elegida el postulado de su metafísica".[6]

No cree, pues, Machado que la metafísica sea una premisa para el poeta, por el contrario señala que la metafísica del poeta debe ser aquella que mejor cuadre a la poesía. Esto aclara, al parecer, la frase citada en el párrafo a que anteriormente hice mención, y que señala que acaso cada poema debiera tener su propia metafísica. El poeta no está ligado al pensamiento filosófico al escribir poesía: es la poesía la que determina, a fin de cuentas, su pensamiento filosófico.

Por otra parte, siendo Machado un poeta del ser, su metafísica y su poesía están ligadas al pensar paradójico. Cualquiera de los dos términos contradictorios en este tipo de pensar puede ser válido, pero su validez dependerá a la postre de la intuición del poeta, de su orientación cordial.

No quiere ello decir que esta elección haya de ser definitiva. Lo es para el poema, pero no para el poeta. La elección, como señala Machado, es "provisional", obligada por la acción poética, por su compromiso con el tiempo, que ciñe y fija la palabra.

El filósofo pasa su vida tejiendo día a día el interminable tapiz de su filosofía y al tocar a su fin su trabajo, al poner el punto final a esa última línea que fija su palabra en el tiempo, no le queda ya otra cosa que esperar la muerte, o repetir lo dicho, que es, a fin de cuentas, lo mismo. Y es que el filósofo no puede comenzar de nuevo porque paga con tiempo su decir.

---

6 *Los Complementarios y otras prosas póstumas.* pp. 42-43.

El poeta, sin embargo, nunca puede repetirse y su inagotable fuente creadora continuará manando hasta tanto los ojos no se enturbien con el último sueño. Mientras le quede vida, el poeta es aquel que más se acerca a librarse de la temporalidad.

Pero en su libertad el poeta está limitado por la oposición implícita en su metafísica. Puede elegir entre el ser y el no ser, entre lo homogéneo y lo heterogéneo, pero no podrá nunca evadir la limitación que la oposición le impone. Si el mirar del poeta tiende al ser, podrá negarlo o afirmarlo, pero jamás podrá apartar los ojos de la reveladora interrogación.

El filósofo *piensa* el ser; el poeta lo percibe tras los velos de nada que lo ocultan y ve la nada entonces como creación del ser; como la forma que el ser escoge para revelar su presencia. "Pensaba mi maestro que la poesía, aun la más amarga y negativa, era siempre un acto vidente, de afirmación de una realidad absoluta, porque el poeta cree siempre en lo que ve, cualesquiera que sean los ojos con que mire. El poeta y el hombre. Su experiencia vital —¿y qué otra experiencia puede tener el hombre?— le ha enseñado que no hay vivir sin ver, que sólo la visión es evidencia y que nadie duda de lo que ve, sino de lo que piensa. El poeta —añadía— logra escapar de la zona dialéctica de su espíritu, irremediablemente escéptica, con la convicción de que ha estado pensando en la nada, entretenido con el hueso que le dio a roer la divinidad para que pudiera pasar el rato y engañar su hambre metafísica. Para el poeta sólo hay *ver* y *cegar*, un *ver que se ve*, pura evidencia, que es el ser mismo, y un acto creador, necesariamente negativo, que es la misma nada".[7]

El pensar puede quizá acercarnos al ser para perderlo siempre; sólo la visión poética es vidente porque "el ser no es *nunca* pensado; contra la sentencia clásica, el ser y el pensar (el pensar homogeneizador) no coinciden ni por casualidad".[8] Para el poeta, lo aparente y lo real son una misma cosa, y una vez descubierto esto —tal vez por el fracaso del amor, el ansia de proyección hacia lo que diametralmente no somos y su inevitable regreso a lo que es— el ser deja de presentarse como problema y se convierte en la suma de sus apariciones. Es el gran ojo o conciencia universal, quieta, cambiante,

[7] *Juan de Mairena. sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo.* Tomo II, p. 148.
[8] *Abel Martín* ... p. 30.

heterogénea, más allá de la cual nada es: el mundo es sólo un aspecto de la divinidad. Pero este ser infinito está vedado al hombre que sólo conoce la finitud. Por ello Dios o el ser, crea la nada para permitir al ser humano cobrar conciencia de su magnífica divinidad. "Dios sacó la Nada del mundo para que nosotros pudiéramos sacar el mundo de la nada".[9]

Ser y ente son, en Machado, una sola y misma cosa, y la nada el trasfondo que los diferencia, el fondo tras el cual el ser se aparece; es decir, la dimensión temporal del ser. Pero la nada es creación, tiene, pues, principio y fin y, en consecuencia, *no es*. Sólo el ser *es*. La nada es el origen del tiempo y sólo en la temporalidad es posible hablar de un antes y un después. El ser no hizo el mundo, no lo creó, porque creación y aniquilación son igualmente dimensiones temporales y el ser es eterno. "Dijo Dios: brote la nada / y alzó la mano derecha / hasta ocultar su mirada. / Y quedó la nada hecha".[10] Antes del ser no hay *antes* y el mundo es una de sus múltiples apariencias; el mundo *es* con el ser.

El ser se nos ofrece en el tiempo y en el espacio, como ente, y la nada oculta el contenido infinito del ser que no se nos muestra, pero que no por ello es otra cosa. "No hay, pues, problema del ser, de lo que aparece —nos dirá Machado. Sólo lo que no es, lo que no aparece, puede constituir problema. Porque este problema no interesa tanto al poeta como al filósofo propiamente dicho. Para el poeta el *no ser* es la creación divina, el milagro del *ser que es*, el *fiat umbra!* a que Martín alude en su soneto inmortal *Al gran Cero*, la palabra divina que al poeta asombra y cuya significación debe explicar el filósofo".[11]

El poeta parece distinguir en la nada las esencias heterogéneas del ser y puede concretarlas en el poema porque el poema es sólo un marco lógico que debe contener una porción de lo visto, vinculado mediante una indefinición esencial. Por eso, la lógica poética que intenta, sólo intenta, hacer patente lo real, no puede contener sus conclusiones implícitas en las premisas. Las conclusiones del poema deben ser, por el contrario, diferentes a sus premisas: "una lógica temporal en la que A no es nunca A en dos momentos suce-

9 *Juan de Mairena*... Tomo II, p. 108.
10 *Abel Martín*... p. 50.
11 *Op. cit.*, p. 50.

sivos". "Los conceptos o formas captoras de lo real no pueden ser rígidos, si han de adaptarse a la constante mutabilidad de lo real. Que esto no tiene expresión posible en el lenguaje, lo sabe Abel Martín. Pero cree que el lenguaje poético puede sugerir la evolución de las premisas asentadas mediante conclusiones lo bastante desviadas e incongruentes para que el lector o el oyente calcule los cambios que, por necesidad, han de experimentar aquéllas, desde el momento en que fueron fijadas hasta el de la conclusión, para que vea claramente que las premisas inmediatas de su aparentemente inadecuadas conclusiones no son, en realidad, las expresadas por el lenguaje, sino otras que se han producido en el constante mudar del pensamiento".[12]

El ataque que hace Machado a la poesía de Calderón al compararla con la de Manrique,[13] se basa en el intento de lógica atemporal que, según Machado, la de Calderón supone. Cuando Machado se llama a sí, o a Mairena, poeta del tiempo, quiere sólo decir que el ser que se ofrece ceñido a la palabra es siempre temporal; es ente, y sólo enmarcado en el tiempo puede dársenos. El arte del poeta consiste en diluir las nadas que separan las entidades inmersas en el poema para permitir un vislumbre del *ser* que el *no ser* oculta. Lo real se nos ofrece en islas rodeadas de nada, la luminosidad del poema las recorta en su espacio y en su tiempo, pero también aclara las oscuras aguas de la nada para mostrarnos en su transparencia el continente escondido del que las islas son pequeñas manifestaciones. El buscar una atemporalidad lógica, como según Machado intenta Calderón, produce un efecto inverso. Fija el poema en una dimensión estática, perdiendo todo contacto con lo real, siempre en dinámico devenir. Al referirse al barroco en poesía nos dice: "se define —habla Mairena— como un tránsito de lo vivo a lo artificial, de lo intuitivo a lo conceptual, de la temporalidad psíquica al plano intemporal de la lógica, como un *piétinement sur place* del pensamiento que, incapaz de avanzar sobre intuiciones —en ninguno de los sentidos de esta palabra—, vuelve sobre sí mismo, y gira y deambula en torno a lo definido, creando enmarañados laberintos verbales"...[14] De esta forma, el barroco salta en poesía, de lo indefinido a lo definido, per-

[12] *Op. cit.*, p. 20.
[13] *Op. cit.*, pp. 39-49.
[14] *Op. cit.*, p. 43.

diendo al hacerlo la posibilidad de plasmar en el tiempo la indefinición.

Y es que el poeta trae, o debe traer, lo indefinido a la definición. La palabra poética es palabra en el tiempo. Es aquella que se compromete concretándose en su significado, desdibujando a la par el decir, para que a su través se espeje el mensaje oculto por la indefinición. "Confusa la historia y clara la pena".

Sólo la negación nos entrega el ser: "*nadie* —dice Martín— *logrará ser el que es, si antes no logra pensarse como no es*".[15] El poeta debe también cegar sus ojos de nada al iniciar la búsqueda, pero cuando los ojos se acostumbran a no ver, descubren, entre los resquicios de la sombra, si es que logra asombrarse, el secreto que las sombras guardan. Y, "Ahora se trata (en poesía) —nos dice Machado— de realizar nuevamente lo *desrealizado;* dicho de otro modo: una vez que el ser ha sido pensado como no es; urge devolverle su rica, inagotable heterogeneidad".[16]

Mientras la poesía verdadera será la forma única de expresar el ser, la metafísica a ella vinculada tendrá signo contrario. Veamos lo que dice al respecto Machado: "Se preguntará: ¿cómo, si no hay problema de lo que es, puesto que lo aparente y lo real son una y la misma cosa, o, dicho de otro modo, es lo real la suma de las apariciones del ser, puede haber una metafísica? A esta objeción respondía Mairena: "Precisamente la desproblematización del ser, que postula la absoluta realidad de lo aparente, pone *ipso facto* sobre el tapete el problema del *no ser*, y éste es el tema de toda futura metafísica". Es decir, que la metafísica de Mairena será la *ciencia del no ser*, de la absoluta irrealidad, o, como decía Martín, de las varias formas del cero. Esta metafísica es ciencia de lo *creado*, de la obra divina, de la pura nada, a la cual se llega por análisis de conceptos; sólo contiene, como la metafísica de escuela, pensamiento puro; pero se diferencia de ella en que no pretende definir al ser (no es, pues, ontología), sino a su contrario. Y le cuadra, en verdad, el nombre de metafísica: ciencia de lo que está más allá del ser, es decir, más allá de la física".[17]

De este último párrafo se deduce claramente que Machado no

---

15 *Op. cit.*, p. 28.
16 *Op. cit.*, p. 31.
17 *Op. cit.*, p. 51.

emplea la palabra *metafísica* en su tradicional sentido de "filosofía primera". Para Machado la metafísica no es otra cosa que una dimensión de proyección que nos entrega "la pizarra oscura donde se escribe el pensamiento humano". La metafísica es, para Machado, esencialmente negativa, *ciencia del no ser*, la llama. Si el ser es el mundo de la apariencia, el ente (el mundo físico, como dirá Machado), lo que puede encontrarse tras este mundo es sólo su negación, porque si el ser es uno en su multiplicidad, en lo oculto, la misma multiplicidad habrá de descubrírsenos.

Pero el *no ser* y la *nada* no son la misma cosa, y, aunque Machado emplea a veces los términos con poco rigor —nada raro si recordamos que no estamos tratando con un filósofo "profesional"— en conjunto pudiera deducirse que el término *nada* lo emplea para definir lo que Dios crea para dejarse ver, o tal vez para verse, mientras que el *no ser* es aquello que la conciencia humana no ve de Dios. Así, mientras el poeta se asombra ante la nada como creación divina, el filósofo piensa el no ser, buscando aquello que de Dios se le oculta.

Este es para Machado el fin de toda metafísica y, aunque buscan lo mismo, el signo de la filosofía ha de ser opuesto al de la poesía. Una poesía del *no ser*, si tal pudiera darse, supondría una metafísica con un contenido ontológico, lo que para Machado no parece ser posible. Una poesía del *no ser* no podría patentizar el ser que busca porque este ser *no es nada*, y una metafísica del ser se encontrará siempre con las manos vacías, también llenas de nada. "Del no ser al ser no hay tránsito posible —nos dice—, y la síntesis de ambos conceptos es inaceptable en toda lógica que pretenda ser, al par, ontología, porque no responde a realidad alguna".[18]

Sólo la poesía auténtica, aquella que nos muestra la esencial heterogeneidad del ente, o del ser, que a la postre son lo mismo, podrá acercarnos a la verdadera visión. La metafísica del futuro, la filosofía tal vez, deberá fundamentarse, de acuerdo a Machado, en el pensar poético y sólo con la clara conciencia ontológica que la poesía puede ofrecer, podrá el filósofo adentrarse sin temor en ese laberíntico *no ser*, en su intento, mil veces repetido, de deshacer la barrera de nada que lo encierra.

[18] *Op. cit.*, p. 32.